

# ¿Racionalidad en política?

## Montesquieu y los caprichos del poder



por Jorge M. Streb  
Director de Investigaciones, UCEMA.

**“Cuando los salvajes de Luisiana quieren fruta, cortan al árbol. Así es el gobierno despótico.” Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, libro 5, capítulo 13.**

**A**unque el sentido común indique lo contrario, entre nosotros los economistas hay una arraigada creencia de que los gobernantes aplican las políticas económicas más racionales. Así, la primera escuela de economistas, los fisiócratas, consideraban en la Francia del siglo XVIII que el rey aplicaría las medidas que llevarían a la prosperidad de sus súbditos. La razón era el interés ilustrado del rey, porque buenas políticas económicas llevarían a su propia prosperidad, en tanto co-propietario de toda la riqueza generada (Hirschman 1976, parte 2).

La extensión reciente del enfoque de elección racional a la ciencia política exacerba esta posición. Por ejemplo, en su libro publicado en el 2000 sobre *Poder y prosperidad*, Mancur Olson tiene la visión, en cierto sentido pesimista, de que el gobierno aplica las políticas que maximizan las rentas de los que controlan el poder. Es decir, el gobierno no actúa de manera benevolente para maximizar el bienestar general, sino de manera egoísta para maximizar su propia renta. Sin embargo, como las rentas del gobierno dependen de que los ciudadanos generen ingresos, al modo de los fisiócratas el gobierno tiene un interés racional en no asfixiar con impuestos confiscatorios a los productores, para no destruir al árbol de las manzanas de oro. Además, el gobierno provee bienes públicos que aumentan el ingreso nacional y el bienestar de todos, en tanto aumenta también la recaudación para sus propias arcas.

En coincidencia con el enfoque de los fisiócratas y de Olson, en el *Espíritu de las leyes* hay pasajes que muestran cómo Montesquieu pensaba que la racionalidad económica puede llevar al gobierno autocrático a moderar los abusos arbitrarios que tienen efectos económicos adversos: “Los príncipes han tenido que gobernarse con más sabiduría, ya que la experiencia ha mostrado que sólo el buen

gobierno trae la prosperidad... Es afortunado para los hombres estar en una situación en la que, aunque sus pasiones los muevan a ser malvados, sin embargo tienen un interés en no serlo” (libro 21, capítulo 20). Este efecto es más marcado cuando hay gran movilidad de capitales, ya que si el capital físico y humano es muy móvil, políticas de explotación irracionales van a llevar a una emigración masiva de estos capitales, que pronto deje al gobierno sin ingresos sobre los que basar su recaudación. A menos, claro, que se prohíba la salida, transformando a la nación en una enorme prisión, como en la Cuba actual.

En contraste con esta visión de gobiernos egoístas pero racionales al seguir su interés económico que supone el despotismo ilustrado, se erige la caracterización del gobierno despótico como un gobierno que está dispuesto a cortar el árbol si quiere una fruta. Para Montesquieu, una autocracia responde en el fondo al capricho del gobernante, por lo que la racionalidad económica no actuaría siempre como un freno efectivo.

En este sentido, la visión de Montesquieu difiere fundamentalmente del enfoque de racionalidad económica, porque no piensa que haya nada que asegure que se tome la mejor decisión desde el punto de vista económico, ni siquiera en el sentido de maximizar las rentas del gobernante de turno. Los gobiernos despóticos, dice en el *Espíritu de las leyes*, se basan en el temor, imposibilitan la acumulación de capital y frenan el desarrollo económico, a diferencia de las repúblicas donde hay gobiernos moderados (ver libros 5 y 20).

La perspectiva de racionalidad aplicada a las empresas lleva a esperar que se tomen las acciones que maximicen las ganancias, pero el argumento para esperar esto tiene que ver con una cuestión evolutiva, de que van a sobrevivir las empresas mejor administradas. Por ejemplo, la posición de Henry Ford de que los clientes podían tener un auto del color que quisieran, en tanto fuera negro, no tuvo un impacto duradero en el mercado automotriz. Sí hizo que la General Motors, dirigida por Alfred Sloan, desplazara



a la Ford como primera firma automotriz. Los herederos de Ford tuvieron que rescatar la firma de la esclerosis en que había caído para que no quebrara definitivamente. Por tanto, si un empresario actúa irracionalmente y no se adapta a los cambios, no va a afectar al mercado, sino que la empresa va a ser desplazada por la competencia.

En cambio, entre las naciones no hay nada que asegure que un mecanismo similar funcione, haciendo que primen las políticas económicas más racionales, porque las naciones no quiebran. En cambio, pueden generar grandes problemas en el propio país y en el resto del mundo. Eso queda patente con los problemas de pobreza en muchos países del mundo subdesarrollado, donde la falta de perspectiva es un incentivo para emigrar a países mejor administrados.

El problema de manejo político desquiciado también se puede dar en las naciones más desarrolladas. Un antiguo ejemplo es Nerón, quien quemó media Roma como un pasatiempo más. Otro reciente es Hitler en Alemania: cuando su avance en el frente occidental falló después de perder la batalla de Inglaterra, decidió abrir simultáneamente un segundo frente al este con la Unión Soviética, rompiendo con el pacto por el que se habían repartido Polonia entre ambas potencias. No parece haber ningún cálculo racional en esa carrera alocada que fue escalando y escalando, pero fue necesaria la segunda guerra mundial y cincuenta millones de muertos para ponerle freno.

La racionalidad en economía no se puede esperar de un individuo o empresario particular, sino del mecanismo de competencia que lleva a seleccionar los que en cada momento actúan bien. Del mismo modo, en el sistema político hay una competencia por el poder. Sin embargo, nada asegura que el que gane la competencia sea idóneo para gobernar. En contraste con una autocracia, la ventaja de un sistema democrático es que se puede echar a bajo costo, a través del voto, a los que gobiernan mal o abusan del poder. Pero el proceso de finalmente seleccionar políticos capaces

puede llevar mucho tiempo. Nada asegura la racionalidad de un determinado político, en el sentido de que las acciones que tome son las que van a asegurar un buen gobierno y que dure más en el poder.

Además, no todas las democracias son iguales. La visión de Montesquieu de división de poderes apunta a un gobierno moderado (libro 11). Una función de la división de poderes es que, con la presencia de actores de veto, el gobierno necesita armar consenso para tomar decisiones, lo cual lo obliga a tener en cuenta intereses más amplios que los suyos propios, acercando el resultado a una maximización del interés general.

## Los frenos y contrapesos obligan a deliberar y discutir antes de actuar, y pueden ser una fuente importante de racionalidad de las decisiones políticas.

Hay una segunda función de la división de poderes. Un gobierno sin contrapesos puede tomar decisiones muy ejecutivas y rápidas, sin necesidad de consultar con nadie. Al mismo tiempo, esas decisiones pueden ser demasiado apresuradas. Si la decisión a tomar no es trivial, la deliberación previa puede ser un factor crucial para que impere más la racionalidad que la impulsividad en el escenario político.

Los frenos y contrapesos del *Espíritu de las leyes* obligan a deliberar y discutir antes de actuar. Pueden ser una fuente importante de racionalidad de las decisiones políticas.

Los votantes debemos tener en cuenta que, como los salvajes de Luisiana, no es obvio que un gobierno sin frenos elegirá arrancar las frutas sin dañar al árbol.

### Referencias bibliográficas

- Hirschman, Albert O. (1976), *The Passions and the Interests. Political Arguments for Capitalism before its Triumph*, Princeton: Princeton University Press.
- Montesquieu (1748), *El espíritu de las leyes*.
- Olson, Mancur (2000), *Power and Prosperity. Outgrowing Communist and Capitalist Dictatorships*, New York: Basic Books.